



PROSIGUE LA CRUEL BATALLA DE EL valeroso Oliveros, y de como venciò á su contrario Fierabràs, y le hizo volverse Christiano.

SEGUNDA PARTE.

SI con la primera parte
dixe, que los Cavalleros
se quedaron en el campo
mal heridos, y sangrientos,
y puestos á descansar
Fierabrás dixo à Oliveros:
Has de saber, noble Conde,
que he estimado el conoceros,
y ahora si tu quisieras,
que hicieramos un propuesto
de que olvidaras tu Ley,
te vinieras á mi Reyno,
te casaras con mi hermana,
la mejor Dama del Pueblo,
Floripes, bella Princesa,
y mi Padre de sus Reynos
te alargarà algunas tierras,
tambien yo hiciera lo mismo,
y que luego los dos juntos
vinieramos à este Imperio
á dar guerra à Carlo Magno,
haciendo siempre el concepto,
que todo quanto se gane
será para vos, y luego
te coronaràn por Rey
de todito aqueste Reyno.
Oliveros dixo: amigo,
no me platiques en eso,
cómo quieres que yo olvide
á un Señor tan sabio y bueno,
que con su grande poder
criò la tierra y el Cielo,
aves, plantas, y animales,
y todo quanto hay terreno
por adorar á los tuyos,
que son falsos y embusteros,
hechos de manos de hombres;
mejor será, y mas acierto,
que tu te vuelvas Christiano,
y serás mi compañero
para defender la Fé
de Christo Redentor nuestro.
Fierabràs dixo: eso no,
y se fue luego al momento
donde estaban los barriles,
y tomando un sorbo de ellos,
á el instante se hallò sano,
y esto que viò Oliveros,

á la purisima Virgen
esta suplica le ha hecho:
Sacra y celestial Princesa,
María Madre del Verbo,
á vuestras divinas plantas
oy humildemente llego
pidiendote Madre mia
me deis luz, favor, y acierto
para poder conquistar
este Pagano soberbio.
Fierabras le dixo: amigo,
q é oracion es la que has hecho?
Con ella te has de sanar?
Hoy por merced te prometo
que vengais á mis barriles,
y tomeis un sorbo de ellos,
y al instante estarás sano,
y le respondiò diciendo:
no quiero yo nada tuyo
sino lo gano primero.
Volvieron à la batalla
como unos Leones fieros;
pero Guarin su criado
que todo lo estaba viendo
fue, y le dixo à Carlo Magno
ruegue á Dios por Oliveros,
que estaba en grande peligro.
Con grande fervor y zelo
ante un divino Señor
dixo de rodillas puesto:
Dulce Jesus de mi vida,
humilde y manso Cordero,
consuelo del afligido;
mirad por mi Cavallero,
y estando en estas fatigas
oyó una voz que del Cielo
le decia: Carlo Magno,
no tengais temor ni miedo,
porque ello aunque sea tarde
serà tuyo el vencimiento.
Volvaos ahora al campo
do de estan los Cavalleros
con las armas destrozadas,
desbaratados los yelmos,
las viseras quebrantadas,
los escudos por el suelo;
pero en aquesta ocasion
el esforzado Oliveros
le dió à Fierabrás un golpe
sobre el costado izquierdo,
que gran parte de las armas
les hizo venir al suelo,
y desde el hombro á la hijada
todo quedó descubierto,
y rebatiendo la espada
cortó la cadena luego
donde estában los barriles,
y ambos vinieron al suelo;
pero al golpe que pegaron
se espantó el caballo huyendo
por el campo sin que pueda
el ginete detenerlo.
Oliveros que esto vido,
recogió pronto y ligero
entrambos à dos barriles,
y tomando un sorbo de ellos
se halló sano de sus llagas,
y con mas valor y esfuerzo,
y en un Rio caudaloso
que estaba immediato de ellos
fue, y arrojò les barriles,
y ambos à dos se hundieron.
Fierabrás quando lo vido,
lleno de rabia y veneno
le dice: muy noble Conde,
mala accion es la que has hecho,
que presto te han de hacer falta,
y alzando el brazo sobervio
para ir à descargarle
le hurtó vigilante el cuerpo,
dió en el arzon de la silla,
y rebatiendo el pescuezo
del caballo, le diò muerte,
con que quedò á pie Oliveros
diciendo: mira Pagano,
no es de nobles Cavalleros
darle muerte à los caballos
estando en campaña puestos.
Le respondió vigilante:
yo de eso culpa no tengo;
pero yo te daré el mio,
aunque es verdad que lo siento.
No quiero yo tu caballo,
sino es que te apees luego,
y el que venza la batalla
ese quedarà por dueño,
se desmontó Fierabrás,
y ambos á dos en el suelo

armas

arman tan cruel batalla,
que parecia un incendio,
pues las chispas de las armas
querian llegar al Cielo,
pero à los primeros lances
el valeroso Oliveros
va à tirarle un grande golpe
à Fierabràs con esfuerzo,
mas él asi que lo vido
le hurtò vigilante el cuerpo,
y sin poder detenerse
dió con la espada en el suelo,
y se le fué de la mano,
y asi que lo viò indefenso
le dice: muy noble Conde,
contemplate prisionero,
ó te quitaré la vida,
y le respondiò ligero:
obra como tu quisieres,
que si no me llevas muerto
no es posible el entregarme,
y alzando el brazo sobervio
para ir à descargarle,
quando en este mismo tiempo
con un pedazo de escudo
que en la mano traia puesto
se lo tiró con tal fuerza,
pero hizo el tiro cierto,
que le quebró la visera,
y sobre el ojo izquierdo
le metiò toda la punta,
y pegò un grito tan fiero,
que el caballo se asombró,
y à la parte de Oliveros
vino, y diò dos ò tres bueltas,
y á èl se arrojó ligero,
y recobrando la una
se rodeó asi diciendo:
Pagano ya tengo espada,
ahora aqui nos veremos.
Fierabràs le dice: amigo,
mucho en el alma lo siento,
ven, y tomaràs la tuya,
y dame la mia en premio;
primero quiero templarla,
por ver si es fuerte el acero,
y sino es como la mia
luego despues cambiarémos:
se embisten el uno al otro,
pero à los lances primeros
le dió à Fierabràs un golpe,
que le cortó todo el yelmo;
y parte de la cabeza,
y andaba como sin tiento,
le asegurò una estocada
por el costado izquierdo,
cayò el barbaro en la tierra
estas palabras diciendo:
O valeroso Christiano,
que sin segundo es tu esfuerzo,
no me acabes de matar,
que desde ahora confieso,
que es tu Dios muy poderoso,
piadoso, infinito, y bueno:
llevame presto Christiano
donde estan tus compañeros,
y dame el Santo Bautismo
que por instantes deseo;
apenas aquesto oyò
à él se acercó diciendo:
Levantate noble amigo,
que ahora curarte quiero
las dos mortales heridas,
que Dios te darà el remedio;
y Fierabràs le responde:
no dilates mucho el tiempo,
porque tengo diez mil hombres
en ese monte encubiertos.
Lo atravesó en el caballo,
y montó á las ancas luego,
y á pocos pasos que andubo
reparò, y viò, que salieron
los que estaban en el monte,
y delante un Cavallero
para librar su Señor,
viene mas veloz que un viento,
Oliveros dixo: amigo,
mucho en el alma lo siento
el no poderte llevar
donde estan mis compañeros,
que viene toda tu gente,
y nos corre grande riesgo;
por la breña se metió,
y en un arbol muy espeso
lo dexò bien abrigado
entre quexas y lamentos,
y volviendose à el camino,
vió venir à el Cavallero
bien

bien adelante de todos
determinado, y soberbio,
como no tenia lanza
quiso aguardarlo en el suelo,
se desmontò del caballo,
y llegó el Turco sobervio,
y á el tiempo de ir à tirarle
pegò un bote tan ligero,
y se metió por debaxo,
y lo agarró del pescuezo,
y quitandole la lanza,
tomò su escudo, y el yelmo,
que es lo que falta le hacia,
y por despacharlo presto
con el pomo de la espada
le pegó un golpe tan recio
encima de la mollera,
que le hizo saltar los sesos;
se armó muy ligeramente,
llegó la tropa á este tiempo,
se entrò por medio de todos
sin el temor de los riesgos,
à unos hiere, y á otros mata,
y á otros derriba en el suelo,
y como es tanta la gente
me lo pillaron en medio,
dandole algunas heridas,
lo llevaron prisionero.
Fue la nueva à Carlo Magno,
el qual acudió ligero
con la gente que tenia
à socorrer à Oliveros,
se armò tan cruel batalla,
que los once Cavalleros
andaban por aquel campo
como lobos carniceros,
y de los diez mil que havia
no quedaron ni ochocientos.
A este tiempo el Almirante
volvió à enviar otro tercio;
pero viendo Don Roldan,
que les ha entrado refuerzo,
mandó recoger su gente
para unir los Cavalleros.
Pero al tiempo de juntarse
apresaron quatro de ellos,
y se ponen en huida
con esta presa que hicieron.
En este tiempo Carlo Magno
fue recogiendo sus muertos,
encontróse á Fieràbràs
muy mal herido, y sangriento,
llevaronl á Marmionda,
y dentro de poco tiempo
con bebidas, y reparos
en breve en sí lo volvieron,
pidió que le christianasen
con grande fervor y zelo;
dieron cuenta à el Arzobispo,
y en la Iglesia de San Pedro
bautizaron à Fierabras,
donde sus Padrinos fueron
el valeroso Roldan,
y el buen Padre de Oliveros.
Pusieronlo luego en cura,
asi que se vido bueno
era azote de Turquia,
y castigo de proterbos,
porque en todas las batallas
llevaba por compañero
à el Cavallero Roldan,
mostrando muy bien su esfuerzo.
Y ahora Juan Josef Lopez
á los Lectores discretos
en otra tercera parte
les dirá el fin que tubieron
los cinco Pares de Francia
que llevaron prisioneros.

FIN.

En Còrdoba, en la Imprenta de D. Luis de Ramos y Coria, Plazuela de las Cañas.